

SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS
1 DE ENERO DE 2016, OCTAVA DE NAVIDAD
Homilía del P. Manel Gasch
Núm 6, 22-27; Gal 4, 4-7; Lc 2, 16-21

Los tiempos han cambiado... esta expresión queridos hermanos y hermanas no es una antifona litúrgica de Navidad sino el título de un informativo de TV3 sobre los hechos más importantes del 2015: **2015, els temps han canviat**.

Más allá de la expresión periodística, es verdad que ayer terminamos un año fuertemente sacudido por la realidad. Una realidad que ha tomado la forma de las guerras y la violencia en Oriente Medio, con las consecuencias terribles de la destrucción del patrimonio, de la emigración forzada, los asesinatos a causa de la religión. Es paradójico: Para algunos la fe es el motivo de matar, para otros es la causa de morir..., todo en nombre del mismo Dios de Abraham. 2015 también ha sido el año de atentados en todo el mundo, de los cuales los de París los hemos vivido más amplificados y cercanos, el año de hambrunas y sequías, de catástrofes naturales, de la situación política en nuestro país... En medio de todo esto, la expresión utilizada por este informativo: **“els temps han canviat”** nos abocaría a pensar que los tiempos sólo han cambiado para empeorar.

Me permito discrepar bastante radicalmente de todo esto. ¡NO creo que en 2015 los tiempos hayan cambiado tanto! No creo que el haber sustituido algunos conflictos por otros signifique un cambio tan fuerte. Hemos terminado el año 2015 celebrando la NAVIDAD, celebrando el verdadero cambio en los tiempos: el cambio que se produjo cuando el amor de Dios se manifestó al mundo en Jesucristo. Y ¿qué puede significar esto en medio de la situación que he descrito?

La víspera de Navidad, explicando a nuestros escolanes el sentido de la celebración, les dije que el pueblo de Israel empleó varios nombres para identificar aquel personaje que esperaba: Sabiduría, Adonai, Rey, retoño de Jesé, Mesías, Emmanuel y cuando nació Jesús dejó cortos incluso los mismos nombres que la tradición le había preparado. El nombre de Jesús, uno de los temas de la liturgia de la palabra de hoy es Emmanuel, Dios está con nosotros y Jesús, salvador. Por lo tanto el nombre que ha dejado corta hasta la más grande expectación de Israel significa:

Dios, que está con nosotros, nos salva. Y eso lo celebramos cada Navidad, de hecho lo celebramos siempre y lo celebramos en un mundo como el que he descrito: lleno de debilidades, lleno de contradicciones, lleno de ambigüedades, pero que es el mundo donde Dios quiere ser Emmanuel y Jesús, estar con nosotros y salvar. ¿No sería, queridos hermanos y hermanas, uno de los grandes retos como cristianos y cristianas creer que la memoria de Jesús de Nazaret en el mundo a través de los sacramentos, de la Palabra, de sus testigos, de su Espíritu es eficiente para cambiar nuestras vidas y la del mundo?

No sólo acabamos un año, sino que hoy empezamos otro. Un año que el Papa Francisco ha querido dedicar a la misericordia de Dios. Un año nuevo en el que se nos invita a renovarnos.

La primera lectura nos decía que el nombre de Dios servía para que el Señor se apiadase de su Pueblo, para ser interpuesto ante Dios a favor del pueblo. El nombre del *Dios hecho hombre* íntimamente ligado al perdón. Confesar la presencia salvadora de Dios en los nombres de Emmanuel y de Jesús, es confesar la misericordia de Dios capaz de perdonarlo todo.

A las 12 de hoy, la contabilidad ha puesto a 00 todas las líneas y columnas de la cuenta de pérdidas y ganancias o de resultados de cualquier institución, que analiza cómo ha ido el año desde el punto de vista económico. Dios hace mucho más que eso. Dios sólo borra lo que está en negativo y es capaz de hacer siempre esto que la contabilidad ha hecho esta medianoche. El jubileo de la misericordia es la posibilidad de poner el cronómetro a 00 para volver a empezar a contar en todo aquello en que el cronómetro no había contado bien.

¿Los tiempos han cambiado? Como me enseñó un estimado hermano nuestro, profesor de teología, el P. Cebrià Pifarrer, los tiempos cambiaron cuando la Palabra de Dios se hizo hombre. Por lo tanto no cambian para empeorar. A pesar de las apariencias, los tiempos han cambiado más por el amor y la misericordia de Dios, a menudo tan silenciosa y discreta, que no porque un conflicto haya sustituido otro. Y lo único que podríamos desear para el 2016 es que los tiempos sigan cambiando pero en este sentido cristiano que nos reclama que nosotros demos el primer paso para cambiar algo de nosotros mismos y de nuestro entorno y nos hagamos solidarios tanto del sufrimiento del mundo como de la esperanza que nos da la meditación del misterio de Navidad.